

## Los salarios a la baja. Los paraísos fiscales al alza.

El informe Euroíndice Laboral IESE-Adecco, que analiza el mercado laboral en seis estados de la Unión Europea —Alemania, Italia, Gran Bretaña, Polonia, Portugal y España—, nos informaba, en su edición de 2005, que "el salario medio real de los países analizados registró un incremento interanual del 0,9%", aunque subraya que en Alemania y en España "se produjeron caídas importantes en la remuneración media real, que en nuestro caso fue del 0,8%". El estudio subraya que los salarios en España "han perdido en el primer semestre de 2005 lo ganado en 2003 y 2004, retrotrayéndose a los niveles de 2002".

Según un estudio elaborado por Mercer HR Consulting, en el que se reflejan las diferencias entre las subidas salariales que aplicarán las empresas en cada país y las previsiones de inflación realizadas por la OCDE, el FMI y el INE, los salarios de los españoles aumentarían en 2006 un 0,6% en términos reales, lo que sitúa a España en el puesto 22 de la UE, por debajo de la media comunitaria, situada en el 2%. Aunque Mercer augura un incremento de los salarios españoles del 4,3% para 2006, una de las cifras más elevadas de Europa, prevé también que la inflación anual recorte este crecimiento hasta situar la subida real en el 0,6%, la quinta más baja de los 70 países analizados en este estudio.

En los mismos despachos en los que se planifica el estrangulamiento de los asalariados, se diseñan sofisticadas operaciones financieras para situar las plusvalías que nos estrujan en alguno de esos cuarenta pequeños países que actúan como paraísos fiscales, en los cinco continentes. El BBVA, sin ir más lejos, obtiene una parte nada desdeñable de sus beneficios de las 43 filiales que posee en paraísos fiscales. Legalmente, oiga. Las estimaciones oficiales sitúan los fondos depositados en estos agujeros negros del sistema fiscal en 5 billones de dólares, aunque otras fuentes alternativas lo sitúan en 11 billones, lo que significa 90 veces el presupuesto de la Unión Europea, o la tercera parte de la riqueza que se crea en el mundo cada año. El inconveniente que tienen estos paraísos es que a los "currelas" nos pillan bastante lejos. Los grandes clientes de los paraísos fiscales no somos los asalariados, por supuesto, sino los bancos, los fondos de inversión y las grandes multinacionales, siempre a través de sociedades interpuestas o participadas. Toda esa enorme masa de riqueza, un tercio de la anual, escapa a todo tipo de control, no hablemos ya de impuestos. Esta evasión fiscal repercute de manera directa en la disminución de los ingresos fiscales para las haciendas públicas, lo que se traduce en el recorte de las prestaciones sociales, las primeras víctimas de todos los recortes presupuestarios de estos Estados tan modernos de los que disfrutamos ahora, gestionados con criterios de empresa privada: no puede haber pérdidas, o sea déficit. El Estado ha de ser rentable. ¿Desde cuando los hospitales, por ejemplo, se han regido por un criterio de rentabilidad económica? La prestación de determinados servicios sociales, por los que el ciudadano paga a través de sus impuestos, no debería nunca regirse por criterios de rentabilidad. El Estado está para recaudar y redistribuir la riqueza, no para ganar dinero.

Nuestra nómina es objeto de escrutinio, control e informatización; nuestros ingresos son investigados de manera rutinaria por Hacienda, que conoce hasta el último céntimo de interés que todavía pueda ofrecernos alguna cuenta. Pero no se conforman con todo esto. Además quieren que asumamos la existencia de estos agujeros negros que se tragan un tercio de la riqueza anual, como si de un fenómeno

astronómico se tratase, como si de algo natural estuviéramos hablando. Los darwi-nistas sociales que tienen la sartén por el mango no albergan voluntad política alguna de acabar con estas islas para piratas contemporáneos, así que han decidido que lo mejor será que nos vayamos acostumbrando a su existencia: los paraísos fiscales son los balnearios adonde viaja el dinero muy rico, para volver, en este caso, no más moreno, sino más blanquito.

En 2005, las rentas del trabajo supusieron el 80% de los ingresos del IRPF, frente al 7% aportado por el capital. Y es que no hay voluntad política de hacer pagar impuestos al que más gana. Para comprobarlo no hace falta viajar a lejanos e irresistibles paraísos. Aquí mismo, "por falta de efectivos, las 57.000 empresas que facturan entre 1,8 y 6 millones de euros escapan, en la práctica, al control fiscal", según denuncian en GESTHA, la Asociación de Técnicos de Hacienda del Estado. Nuestros salarios bajan y pagamos impuestos religiosamente, mientras el capital escapa al fisco. Y todo esto no tiene nada que ver con los fenómenos meteorológicos: ambos mecanismos, perfectamente artificiales, se diseñan sobre las mismas grises moquetas.

Carlos Mañas